

Diez años de ausencia

El mes de junio paseaba su sabor a verano y su desenfado por las calles veleñas; las Carmelitas y la carretera se veían animadas de gente y estudiantes en vacaciones. Bajo el ensordecedor piar de los vencejos y el frenético vuelo que llevaba su música de acá para allá, yo empezaba a hacer amigos, descubriendo ambientes, estrechando manos. Estrenaba vestido, verano, amigos y mar.

Alguien me lo presentó: “Es Joaquín Lobato. Le gusta pintar y escribir versos” (Oh, lo versos..., esos que a mí se me resistían tanto). Hablamos de libros, de pintura, de Semana Santa y ferias veleñas. Aquel chico de aspecto menudo, con sus gafas grandes y su pelo rizado, me pareció interesante; se notaba que tenía inquietud y curiosidad por casi todo. No podía imaginar entonces que, casi cincuenta años después, en una de esas tardes veleñas que él paseaba con su chaleco de lanilla burdeos y su colonia Lucky, yo estaría mirando sus cuadros, sus arlequines, sus carteles de cine; leyendo sus versos, conociendo un poco más su alma. Pronto se cumplirán diez años desde que nos dejó, y después de diez años de ausencia, es ahora cuando realmente lo conozco. A través de sus libros, de sus versos, de sus pinturas, de las cosas que amó.

A Joaquín lo traté muy poco. Teníamos vidas distintas y vivíamos en lugares diferentes, aunque siempre supe de él, de sus simpáticas anécdotas, de sus pinturas, de sus libros, de los ambientes interesantes en los que se movía. Le veía de vez en cuando en la carretera con su amigo inseparable, y también en ferias y en Semana Santa. Pero recuerdo siempre aquella primera vez que hablé con él, cuando cantaban los pájaros, cuando junio pasaba calentando las tardes y los ánimos. Cuando yo estrenaba vestido, verano, amigos y mar. Un mar que se me haría imprescindible, que echaba de menos cuando estaba lejos, y al que siempre me gustaba volver. El mismo mar que amaba Joaquín. El mar que atardecía tan bellamente al abrigo de sus versos.

Mirando al mar, la vida pasó como un soplo. Para mí, con vientos casi siempre favorables; para él, con oleajes y tempestades intermitentes que lo llevarían, como frágil barquito de papel, a la deriva. “No sé por qué las arracimadas espumas / ahora me maltratan en estas noches de insomnio / que padezco...” La última vez que lo vi, entraba con su silla de ruedas a una ambulancia. Yo miraba libros en un escaparate y me acordé del joven lleno de vida que paseaba entre amigos con sus inquietudes y sus sueños a cuestas.

Después de aquel día, ya no lo vi más. Abril se lo llevó cuando más perfumaban las rosas, cuando la primavera alcanzaba, como en su verso, “la tranquilidad exacta de las flores”. En Abril no debería morirse nadie. Abril, para vivir. Diez años de ausencia. Diez años que, sin embargo, están llenos de su presencia. Una asociación de afectos mantiene vivo su recuerdo: exposiciones de sus pinturas; certámenes literarios que llevan su nombre; lecturas de sus versos; visitas guiadas que enseñan su legado... Diez años después, Joaquín Lobato sigue vivo. Qué pena no haberlo conocido más en ese tiempo primero del “tabaco rubio a la hora del vermut / en la barra tropical del balneario”, cuando él suspiraba entre versos por unos ojos verdes, y yo por otros de color castaño.

Los escolares del colegio Custodio Puga de Torre del Mar han celebrado el carnaval disfrazados de arlequines. Los arlequines que pintara Joaquín, vistiendo la inocencia de unos parvulitos que están aprendiendo a conocerlo. Los niños sabrán ahora quién era ese artista veleño que amaba tanto el mar donde ellos se bañan en verano. Un mar que sigue, impenitente, atardeciendo sin él. Abril paró su latido, dejando a la primavera huérfana de sus versos. Lo imagino en la distancia “erguido como siempre, defendiéndose con la palabra”.

Quizás alcanzó, por fin, la tranquilidad exacta de las flores.